

Prefacio

En tiempos no tan lejanos, creíamos que el fin de la guerra fría iba a depararnos un mundo con más paz y estabilidad. Puesto que muchos de los contenciosos de aquella era —como los de Corea, Vietnam, Afganistán y Centroamérica— estaban vinculados a la hostilidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética, era natural suponer que la violencia global disminuyese al cesar la enemistad entre las dos superpotencias. El presidente George H. W. Bush llegó a postular un «nuevo orden mundial», donde las disputas internacionales se zanjarían por medio de la diplomacia y de la negociación multilateral. Por supuesto, el nuevo orden mundial nunca se materializó. La era de la guerra fría finalizó, pero desde entonces hemos seguido viendo después tantos conflictos armados como antes, y en algunos aspectos, entre los cuales destaca el auge del terrorismo, el mundo se ha vuelto aún más peligroso. La tarea más difícil a que se enfrentan los analistas hoy es tratar de explicar este recrudecimiento de la violencia en una época de rivalidad atenuada entre las grandes potencias.

Para muchos observadores, la explicación reside en las tesis políticas identitarias —la reafirmación de los vínculos étnicos, religiosos, de clan o de tribu— sobrevenidas tras la desaparición de las ideologías y como secuela del desequilibrio global. La expresión más conocida de este punto de vista es el influyente artículo de Samuel P. Huntington, profesor en Harvard, «A Clash of Civilizations» [El choque de civilizaciones], publicado en 1993 en *Foreign Affairs*. Tras dividir el mundo en grupos «de civiliza-

ción» vagamente definidos, el occidental-cristiano, el eslavo-ortodoxo, el musulmán, el hindú y el confuciano, Huntington eleva la hostilidad entre estos grupos a la categoría de «fase última de evolución de los conflictos en el mundo moderno». Y en efecto, parecen sustentar esa teoría algunos de los conflictos más mortíferos posteriores a la guerra fría, en lugares tales como Bosnia, Cachemira y Chechenia. No encajan, en cambio, otras muchas guerras y alianzas de los últimos quince años. Sirva de ejemplo la alianza de Estados Unidos con regímenes tan reciamente musulmanes como Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos durante la guerra de 1991 contra Iraq. Es evidente que se necesita otra explicación.

Tras analizar varias guerras recientes de África y de Asia, he llegado a una conclusión que difiere radicalmente de la de Huntington: a saber, que la mayoría de los conflictos contemporáneos ha tenido su origen en *los recursos*, no en las diferencias de civilización o de identidad. El control de las minas diamantíferas de Angola y Sierra Leona motivó un inacabable derramamiento de sangre. En el Congo sucedió lo mismo por el cobre y el oro. En Borneo y Camboya, por las maderas preciosas. Algún papel desempeñaron, ciertamente, los antagonismos étnicos y religiosos, pero fue generalmente el de pretexto movilizador esgrimido por los cabecillas, los señores de la guerra y los demagogos que se habían propuesto dominar esas fuentes de riqueza tan prometedoras. Una y otra vez, mi búsqueda de las causas de una guerra prolongada desembocaba en una disputa por recursos escasos o valiosos: los diamantes, el oro, la madera empleada en la construcción, la tierra de labor, los caladeros de pesca, el agua... y, en varios casos muy notorios, el petróleo.

En 2001, cuando argumenté esta conclusión mía en *Guerras por los recursos: el futuro escenario del conflicto global**, consi-

* Ediciones Urano, Barcelona, 2003. (N. del E.)

deraba todos estos recursos más o menos de la misma manera: materias primas vitales que irían escaseando cada vez más en el transcurso del siglo XXI, lo cual desencadenaría una serie interminable de hostilidades hasta que se consiguiese dar con un buen sistema para la asignación de ese botín precioso del planeta. Desde mi punto de vista, recursos como el crudo, el agua, la tierra y los minerales tenían, cada uno por sí mismo, importancia suficiente para suscitar un conflicto en caso de escasez, o cuando dos o más grupos se disputasen una misma fuente de aprovisionamiento. El petróleo sería una causa significativa de contenciosos, pero no más que cualquier otro.

Una serie de hechos ocurridos desde entonces me obliga a reconsiderar esa conclusión. La edición original de *Guerras por los recursos* fue publicada el 17 de mayo de 2001, el mismo día que la Administración del presidente George W. Bush dio a conocer su *National Energy Policy*, desencadenando con ello un agrio debate sobre las implicaciones de nuestra creciente dependencia con respecto a la importación de crudo y la necesidad de realizar perforaciones en la reserva ecológica de Alaska (Arctic National Wildlife Refuge, ANWR). Cuatro meses más tarde miembros de Al Qaeda atentaron contra el World Trade Center en Nueva York y el Pentágono en Washington D.C. De súbito, el terrorismo pasaba al primer lugar de las preocupaciones de seguridad estadounidenses y desencadenaba una nueva fase de intervención militar norteamericana en Oriente Próximo. Como quince de los diecinueve piratas aéreos eran saudíes, y dado que se descubrieron conexiones entre organizaciones saudíes supuestamente benéficas y Al Qaeda, la opinión volvió a fijarse en las relaciones de Estados Unidos con Arabia Saudí, su principal proveedor de petróleo. Al poco tiempo, el presidente Bush y sus lugartenientes empezaron a hablar de la guerra contra Iraq, lo que planteaba una vez más la cuestión del petróleo como factor de la política exterior estadounidense. Todos estos aconteci-

mientos me llevaron a concluir que el petróleo tiene un carácter excepcional entre los recursos del planeta, definido por su capacidad superior a todos los demás para provocar grandes crisis y conflictos en años venideros.

¿Por qué es así? La respuesta no es inmediatamente obvia. Claro está que el petróleo ha sido importante fuente de conflictos durante todo el siglo xx. Pero lo mismo sucedió con el agua, la tierra y los minerales. Ahora que nos hallamos en el siglo xxi, se diría que el petróleo supera a todos por su potencial desencadenante de violencia armada. Para explicar por qué ha adquirido un papel tan esencial y volátil *ese recurso* precisamente, me pareció necesario sondear más profundamente su significado. Y emprendí un estudio intensivo del petróleo, de la geopolítica y de la política exterior estadounidense.

En cierta medida el ejercicio implicaba el regreso a territorio ya visitado anteriormente. En particular, la evolución de los vínculos de nuestro país con los productores de crudo del golfo Pérsico. La reunión del presidente Franklin D. Roosevelt con el rey Abdul Aziz ibn Saud de Arabia Saudí en 1945, por ejemplo, está bien documentada, pero no se ha prestado mucha atención al significado de ese encuentro, el cual dio lugar al insólito convenio de «petróleo a cambio de protección» que ha venido rigiendo las relaciones de Estados Unidos con Arabia Saudí desde entonces. No menos sorprendente fue la saga de la Petroleum Reserves Corporation, es decir el extraordinario aunque fallido intento realizado por la Administración Roosevelt con el designio de convertir las reservas petrolíferas más prolíficas de Arabia Saudí en propiedad gubernamental estadounidense.

Considero, sin embargo, que mi descubrimiento más importante ha sido el del papel central del petróleo barato y abundante para el vigor y el desarrollo de la economía estadounidense y la conservación del *american way of life*. Aunque la extracción y el refinado representan una proporción relativamente pequeña, tal vez

un 5 por ciento del producto nacional bruto (PNB) estadounidense, la disponibilidad de grandísimas cantidades de petróleo a precios relativamente módicos es indispensable para otros muchos sectores de actividad económica, entre las cuales la fabricación de automóviles, la construcción de carreteras y autovías, las líneas aéreas, la industria petroquímica, la agricultura, el turismo y el comercio suburbano. Tomados en conjunto estos sectores forman el corazón de la economía estadounidense y, sin el petróleo a buen precio, todos ellos, así como el modo de vida que ellos hacen posible, apenas podrían subsistir.

Y puesto que el petróleo barato es fundamental para la pujanza económica de la nación, los líderes estadounidenses, independientemente de su afiliación partidaria, se han sentido obligados a hacer cuanto fuese necesario para garantizar que nunca dejase de hallarse disponible para satisfacer nuestras siempre crecientes necesidades. Hasta la década de 1940 tal esfuerzo era principalmente un asunto de *política interior*, porque Estados Unidos poseía suficientes recursos no explotados para encarar la cobertura de las necesidades básicas del país. Hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, en cambio, se puso de manifiesto que nuestras reservas empezarían a agotarse algún día, y que íbamos a necesitar grandes cantidades de petróleo importado para suplir la disminución del aprovisionamiento propio. Y en ese momento el crudo se convierte en una cuestión de *política exterior*, y las autoridades federales asumen el papel de garantizar el suministro de la energía importada. Es cierto que la administración ha delegado a veces en empresas petroleras privadas de Estados Unidos el establecimiento de relaciones con los productores del extranjero, pero en todo caso asume la plena responsabilidad de proteger la seguridad de las inversiones energéticas en el extranjero.

En este proceso el petróleo viene recibiendo un trato diferente, en comparación con otras materias primas. Hace tiempo que Estados Unidos depende del aprovisionamiento exterior de

materias primas tan críticas como el cobre y el cobalto, pero esa dependencia rara vez ha sido motivo de políticas gubernamentales de la administración. En cambio el petróleo recibe un trato mucho más serio, en tanto que recurso tan vital para la prosperidad estadounidense que debe protegerse el acceso al mismo cueste lo que cueste, sin exceptuar el posible recurso a la fuerza militar. En el discurso político formal el petróleo es considerado como asunto de *seguridad nacional*, es decir, perteneciente al ámbito de competencias del Departamento de Defensa y otros organismos responsables de salvaguardar los intereses vitales de Estados Unidos. En nombre de la seguridad nacional, la fuerza militar ha sido usada con frecuencia durante los últimos cincuenta años para garantizar el acceso al petróleo extranjero y para proteger a proveedores clave como Arabia Saudí y Kuwait cuando sufrieron insurrecciones internas o ataques externos.

Durante la mayor parte de ese período la opinión pública toleró ampliamente el despliegue militar estadounidense que aseguraba el flujo mundial del petróleo. Mientras hubo petróleo en abundancia y el número de compatriotas que perdieron la vida por asegurar su disponibilidad fue escaso, la gente en general se mostró dispuesta a mirar para otro lado mientras Estados Unidos forjaba estrechas alianzas con regímenes petroleros represivos y corruptos. Las autoridades federales y las compañías petroleras contribuyeron a esa tolerancia ocultando la extensión de su connivencia con la familia real saudí y otros déspotas proveedores. Pero el 11-S y sus consecuencias han cambiado todo eso. Ahora resulta muy claro que a causa de esas alianzas Estados Unidos y sus ciudadanos se hallan expuestos a riesgos de terrorismo y conflictividad derivada del petróleo muy superiores a lo que nadie ha querido reconocer, y el peligro sigue creciendo. Puesto que las reservas interiores tienden a declinar a largo plazo, se depende cada vez más de las fuentes exteriores, y aumenta, por tanto, la vulnerabilidad a la violencia y desórdenes inse-

parables de la extracción de petróleo en países productores inestables y muchas veces hostiles.

Por supuesto Estados Unidos no es el único país que necesita cada vez más petróleo de proveedores situados en regiones convulsas. Europa y Japón dependen todavía más que Estados Unidos del petróleo del golfo Pérsico. Y ahora China, la economía de más rápido crecimiento en todo el mundo, también necesita el suministro adicional de energía de Oriente Próximo. En consecuencia, la disputa de todos los países alrededor de esas fuentes inciertas no puede sino intensificarse. Para complicar todavía más el panorama, algunos estudios indican que la oferta mundial de petróleo puede empezar a contraerse en fechas no demasiado lejanas. Por más que los responsables de los organismos energéticos afirmen que la oferta va a seguir creciendo en los próximos años, otros expertos aseguran que la producción mundial de petróleo alcanzará pronto el «tope», y que a partir de ahí comienza la disminución irreversible. Si aciertan estas predicciones, habrá menos petróleo disponible, la competencia por el mismo aumentará y será inevitable que la lucha por controlarlo se haga cada vez más enconada.

La mayoría de los estadounidenses comprenden, aunque sea de forma intuitiva, que la creciente dependencia con respecto al petróleo importado los expone a un mayor riesgo de verse implicados en los conflictos petroleros de origen externo. Así lo atestiguan las miles de pancartas que proclamaban **NO MÁS SANGRE POR PETRÓLEO** durante las manifestaciones contra la guerra de 2003, en vísperas de la invasión de Iraq. Políticos y voces autorizadas niegan de manera sistemática esa conexión entre la sangre y el petróleo. «El único interés que Estados Unidos tiene en la región [del Golfo] es promover la causa de la paz y la estabilidad, no la capacidad [de Iraq] para producir petróleo», afirmó a fina-

les de 2002 Ari Fleischer, el portavoz del presidente Bush. Y Donald Rumsfeld, secretario de Defensa, declaró mientras pisaba a fondo el acelerador de la maquinaria bélica: «Esto no es por el petróleo y quienquiera que lo piense se equivoca gravemente al juzgar la situación». Nosotros *sabemos* que estas declaraciones no pueden ser verídicas —las desmiente toda la historia de la intervención estadounidense en el golfo Pérsico—, pero a la mayoría de personas nos faltan elementos de juicio para formarnos una idea frente a esas contradicciones.

En la actualidad, Estados Unidos necesita importar petróleo para cubrir más de la mitad de su demanda total. Salvo cambios fundamentales de rumbo político, esa dependencia no puede sino aumentar, con o sin la producción de los yacimientos de la ANWR. Esta conclusión incontrovertible viene a subrayar la urgencia de un análisis claro, y que no podemos confiar en los líderes nacionales para obtenerlo. Están demasiado implicados en el *status quo* para hablarnos sinceramente. Seguir la evolución de la política petrolera estadounidense, y sopesar sus consecuencias para el futuro, ése es el único camino para averiguar lo que sería preciso hacer a fin de cortar la vinculación fatal entre sangre y petróleo. Tal ha sido mi intención al escribir este libro.

El dilema de la dependencia: Importación de petróleo y seguridad nacional

Tampa (Florida) no es uno de los lugares que se le ocurrirían a uno como centro neurálgico de las relaciones de Estados Unidos con los reinos petroleros del golfo Pérsico. A diferencia de Houston, no tiene allí su sede ninguna de las gigantes petroleras estadounidenses. Ni es la sede, como Washington D.C., del Departamento de Estado ni de las embajadas extranjeras. Ni aloja, como Nueva York, las Naciones Unidas, ni medios de comunicación internacionales. Lo que sí tiene Tampa es algo que no se halla en ninguna de esas otras ciudades: el cuartel general del Comando Central estadounidense (Central Command, Centcom), es decir el cerebro de todas las operaciones militares de Estados Unidos en la región del golfo Pérsico, incluyendo las que están en curso actualmente en Afganistán e Iraq. Por cuanto el teatro de operación de las fuerzas del Centcom es el Oriente Próximo (en su acepción más amplia), tienen una posición de vanguardia en la guerra contra el terrorismo y desempeñan un papel crítico en el afán de evitar la proliferación de las armas de destrucción masiva. Pero la misión principal del Centcom, desde su misma creación, no ha sido otra sino la de proteger el flujo global del petróleo.

Establecido en la base MacDill de la Fuerza Aérea en Tampa centro-sur, el Centcom es uno de los cinco «comandos unificados» zonales que dirigen la fuerza militar estadounidense a escala planetaria. Los demás son el Comando Sur (Southern Command, con base en Miami), el Comando Europeo (European Command, con base en Stuttgart), el Comando del Pacífico (Pacific Command, en Honolulu) y el Comando Norte (Northern Command, en Colorado Springs). Lo manda un general de cuatro estrellas —que en el momento de escribir estas líneas es el general John P. Abizaid, del Ejército de Tierra— con autoridad directa sobre todos los contingentes de tierra, mar, aire e infantería de marina desplegados en su *area of responsibility* (AOR), que comprende 25 países en su mayoría musulmanes de la región del golfo Pérsico, el Cuerno de África, la cuenca del Caspio y el suroeste asiático. Esta zona tan vital como agitada incluye a Egipto, Irán, Iraq, Kuwait, Arabia Saudí, Somalia, Sudán y Yemen.¹

Como indican sus operaciones recientes en Iraq y Afganistán, el Centcom se revela como uno de los comandos unificados más importantes del Pentágono. Pero no es el más grande, ni el mejor dotado. El Comando Europeo de Stuttgart tiene numerosas bases en Europa e incorpora todas las fuerzas estadounidenses asignadas a la OTAN. El Comando del Pacífico, en Honolulu, dispone de poderosas flotas de combate y cientos de miles de soldados en Asia y el Pacífico. En cambio, el Centcom tiene pocas bases operativas propias (aparte de la MacDill), y toma prestadas tropas a los demás comandos cuando reúne fuerzas para un despliegue en su AOR. Lo que distingue al Centcom es que sus fuerzas actúan en una zona de guerra activa, donde todos los días combaten y mueren soldados estadounidenses.

Formalmente hace sólo dos decenios que fue establecido el Comando Central. Desde su inauguración, el 1 de enero de 1983, las fuerzas del Centcom han participado en cuatro gran-

des empeños bélicos: la guerra Irán-Iraq de 1980-1988, la guerra del golfo Pérsico de 1991, la de Afganistán de 2001, y la guerra iraquí de 2003. El Centcom también se encargó de vigilar el cumplimiento de las restricciones impuestas al régimen iraquí de Saddam Hussein una vez concluida la operación Tormenta del Desierto. Casi todos los soldados estadounidenses caídos en combate desde 1985 se hallaban bajo su autoridad, incluyendo las víctimas de los atentados terroristas contra las Torres Khobar de Arabia Saudí en junio de 1996 y a bordo del destructor *Cole* en octubre de 2000.

Aunque el AOR del Centcom abarca unos 5.000 kilómetros de extensión, desde Egipto al este hasta Kirguizistán al oeste, el corazón geográfico y estratégico del área es la cuenca del golfo Pérsico, donde están ubicadas dos terceras partes, aproximadamente, de las reservas petrolíferas conocidas del mundo. Es la región que contiene los cinco países productores de petróleo principales —Irán, Iraq, Kuwait, Arabia Saudí, y los Emiratos Árabes Unidos—, así como algunos de los más importantes proveedores de gas natural. Todos los días los petroleros que recorren el Golfo transportan unos 14 millones de barriles y atraviesan el estrecho de Ormuz rumbo a los mercados de todo el planeta. Mantener abierta esa vía y desactivar cualquier posible amenaza a la salida constante del crudo producido en la región es la responsabilidad primordial de las fuerzas del Centcom.

La misión básica del Comando Central quedó expresada en la Doctrina Carter del 23 de enero de 1980, que definía de «interés vital» para Estados Unidos la seguridad del suministro de petróleo del golfo Pérsico. Se adujo que dicho interés clave estaba amenazado por la ocupación soviética de Afganistán (iniciada en diciembre de 1979) y la entronización prácticamente simultánea de un régimen islámico radical en Irán. El presidente Jimmy Carter explicó al Congreso que Washington emplearía «cualquier medio necesario, incluida la fuerza militar» para ga-

**Área de responsabilidad (AOR)
del Comando Central estadounidense**



rantizar el suministro de petróleo.² En la época, sin embargo, Estados Unidos tenía pocas fuerzas en el Golfo, y escasa capacidad para desplegar refuerzos en la región. Por otra parte, la autoridad sobre el posible despliegue de fuerzas estadounidenses se hallaba dividida entre el comando europeo y el del Pacífico, lo que complicaba la coordinación. Para respaldar su proclama, Carter creó el Destacamento Conjunto de Despliegue Rápido

(Rapid Deployment Joint Task Force, RDJTF) en la base aérea MacDill, asignándole la responsabilidad de las operaciones de combate en el Golfo. Tres años después, el 1 de enero de 1983, el presidente Ronald Reagan elevó de categoría al RDJTF convirtiéndolo en Comando Central (porque abarca la «región central» entre Europa y Asia) a igual título que los demás comandos zonales.³

El papel crítico del Centcom en la protección del aprovisionamiento petrolero del país y de sus aliados se refleja de forma categórica en los testimonios que sus comandantes en jefe prestan habitualmente ante el Congreso: «Los intereses vitales de Estados Unidos en la región central son permanentes —declaró el general J. H. Binford Peay III ante una subcomisión parlamentaria en 1997—. Puesto que en la región se encuentran más del 65 por ciento de las reservas petroleras mundiales, de las cuales Estados Unidos importa casi el 20 por ciento de sus necesidades, Europa occidental el 43 por ciento y Japón el 68 por ciento, es menester que la comunidad internacional tenga acceso libre y sin trabas a los recursos de dicha zona». Cualquier trastorno de dicho flujo, advirtió, «intensificaría la inestabilidad del mercado petrolero mundial [y] precipitaría catástrofes económicas tanto en los países desarrollados como en los que se hallan en vías de desarrollo».⁴ Todos los sucesores de Peay han ratificado este punto de vista.

Las fuerzas del Centcom tuvieron una especie de bautismo de fuego en 1987, cuando el presidente Reagan ordenó que unidades de la Armada escoltaran petroleros kuwaitíes —precipitadamente amparados bajo pabellón estadounidense— durante la travesía del golfo Pérsico, a fin de evitar ataques por parte de Irán o Iraq, que por aquel entonces andaban enzarzados en la fase final de su sangrienta guerra de ocho años. Tal acción era esencial, según declaró Reagan, para demostrar «el compromiso de Estados Unidos en cuanto al libre paso del petróleo a través

del Golfo».⁵ Tres años después, en agosto de 1990, el presidente George H. W. Bush empleó un lenguaje similar para justificar el despliegue de fuerzas del Centcom en Arabia Saudí, con el fin de disuadir un posible ataque de las fuerzas iraquíes entonces desplegadas en Kuwait. «Nuestro país importa actualmente casi la mitad del petróleo que consume, y podría hallarse ante una grave amenaza a su independencia económica», dijo en una alocución televisada a todo el país el 8 de agosto. Por tanto, «la independencia soberana de Arabia Saudí es de interés vital para Estados Unidos».⁶

Sobrevino entonces la guerra del golfo Pérsico y tanto la opinión pública estadounidense como la prensa internacional conocieron al jefe más memorable del Centcom, el general Norman H. Schwarzkopf. A este audaz y poderoso arquitecto de la operación Tormenta del Desierto se le atribuye generalmente la espectacular maniobra «Salve María» que condujo al rápido cerco y rendición de las fuerzas iraquíes en Kuwait.⁷ En cuyo momento Schwarzkopf, obedeciendo órdenes presidenciales, puso fin a las operaciones militares y emprendió lo que se llamaría luego la «contención» de Iraq. Para imponer esa estrategia de la contención, incluyendo la zona de prohibición de vuelos en el sur del país y el bloqueo impuesto por Naciones Unidas en el Golfo, las fuerzas del Centcom continuaron ocupadas durante doce años más, hasta el inicio de la operación Libertad Iraquí en marzo de 2003.

Hasta qué punto el móvil de la guerra de 2003 contra Iraq fue la preocupación estadounidense por la seguridad del aprovisionamiento de crudo procedente del golfo Pérsico es un asunto complejo y controvertido que examinaré con detenimiento más adelante en este libro. Baste decir aquí que desde el punto de vista de la oficialidad y demás personal militar del Central Command estadounidense, la invasión de Iraq no ha sido más que el último episodio militar de una larga serie de operaciones

en el Golfo, que arrancan de la Doctrina Carter. Estos antecedentes ayudan a explicar cómo el objetivo militar primerísimo de la operación Libertad Iraquí fue asegurar el control sobre los yacimientos petrolíferos y las refinerías del sur de Iraq, y por qué, después de la primera incursión en Bagdad, las fuerzas estadounidenses marcharon directamente a tomar y ocupar el Ministerio del Petróleo, tolerando que los saqueadores asaltaran todos los demás edificios gubernamentales de los alrededores.⁸

Aunque Saddam Hussein ya no controla Iraq y sus fuerzas militares han quedado en gran parte destruidas, la misión del Centcom dista mucho de haber terminado. Tropas estadounidenses siguen custodiando los oleoductos que llevan el crudo iraquí hacia Ceyhan, puerto turco del Mediterráneo, y protegiendo otras muchas instalaciones en el resto del país. Parte de estos cometidos ha quedado transferida a empresas privadas de seguridad y unidades de la policía iraquí, pero las fuerzas estadounidenses seguirán desempeñando durante bastante tiempo un papel crucial en la defensa de las muy vulnerables infraestructuras petroleras del país contra posibles ataques.⁹ En otros lugares del Golfo, unidades navales y escuadrillas aéreas del Centcom continúan la vigilancia del incesante tráfico de petroleros y la protección del estrecho de Ormuz. Más al norte, otras unidades del Centcom prestan servicio en las bases militares que mantiene Estados Unidos en Afganistán, Kirguizistán y Uzbekistán. No hay otro comando zonal que asuma tantas responsabilidades ni enfrente tantos peligros día tras día.

Todos los indicios sugieren que tanto las responsabilidades del Centcom como los peligros que éstas implican van a aumentar en los años próximos. Estados Unidos depende cada vez más del petróleo procedente de la región del golfo Pérsico y de Asia central. Para garantizar el acceso a esas fuentes de energía, inevitablemente las fuerzas estadounidenses han de verse arrastradas a intervenir en la multitud de conflictos étnicos, religiosos y po-

líticos que sacuden la región. Pese al gran número de tropas ahora desplegadas en el AOR del Centcom, y pese a las muchas batallas disputadas y ganadas, hoy la zona no es más estable de lo que era en enero de 1980, cuando el presidente Carter emitió su proclama. Aunque la naturaleza exacta y el momento de la próxima crisis a que se enfrentará el Comando Central no pueden preverse, no es aventurado augurar que sus fuerzas volverán a combatir en el golfo Pérsico, y que tales intervenciones van a reiterarse una y otra vez hasta que se haya extraído el último barril de aquellas reservas tan prolíficas, pero sumamente vulnerables.

Por otra parte, es cada vez más frecuente que soldados de otros comandos zonales sean destinados a operaciones de tipo similar relacionadas con el petróleo. Tropas del Comando Sur (Southcom) intervienen ya en la defensa del oleoducto de Caño Limón, en Colombia. Este enlace vital entre los yacimientos petrolíferos del interior y las refinerías costeras ha sido reiteradamente atacado por la guerrilla izquierdista. Soldados del Comando Europeo (Eurcom) entrenan efectivos georgianos para proteger el recién construido oleoducto Bakú-Tiflis-Ceyhan. Eurcom también supervisa todas las fuerzas estadounidenses desplegadas en África (excepto el Cuerno de África, que recae bajo la jurisdicción del Centcom), y ha empezado a buscar emplazamientos de bases que sirvan para futuras operaciones de defensa de las instalaciones petrolíferas de la región. Por último, las unidades navales y aéreas del Comando del Pacífico (Pacom) patrullan las vitales rutas de los petroleros a través del océano Índico, el mar de China meridional y el Pacífico occidental.¹⁰

Vistas en conjunto, estas acciones llevan a una conclusión irrefutable: que las fuerzas armadas estadounidenses están cada vez más dedicadas a la protección de los yacimientos petrolíferos extranjeros y de las rutas de transporte que conectan a éstos con Estados Unidos y países aliados. Estas misiones, en tiempos

no muy lejanos prácticamente confinadas a la región del Golfo, actualmente se han generalizado a las regiones petrolíferas inestables de otros lugares del mundo. Poco a poco, pero ineludiblemente, las fuerzas armadas norteamericanas van convirtiéndose en un servicio mundial de protección del petróleo.

¿Cómo se ha producido esa situación? ¿Por qué se les ha asignado a las fuerzas armadas estadounidenses un papel tan difícil y aventurado? ¿Qué consecuencias tendrá esa decisión a largo plazo? Para contestar a estas preguntas, que son esenciales, antes tendremos que considerar el petróleo en sí, y su papel central en la configuración de la economía estadounidense. También es fundamental una consideración del papel que desempeña el petróleo en la evolución de las políticas de seguridad estadounidenses, así como de las consecuencias de la creciente dependencia del país con respecto a las importaciones.

Como ha escrito el experto en energía Edward L. Morse, «el petróleo es la fuente de energía más versátil jamás descubierta, y constituye el núcleo de la moderna economía industrial».¹¹ Desde luego, éste es el caso de Estados Unidos, donde el petróleo es la fuente principal de energía y propulsor clave del crecimiento económico. Cubre aproximadamente el 40 por ciento de la demanda energética total del país, más que ninguna otra fuente. (El gas natural proporciona un 24 por ciento, el carbón un 23 por ciento, las centrales nucleares un 8 por ciento, y otras fuentes un 5 por ciento.) El petróleo tiene muchas aplicaciones: energía industrial, calefacción de viviendas y escuelas, materia prima para la síntesis de plásticos y de otros muchos productos. Pero la principal es el transporte. En la actualidad, los derivados del petróleo representan el 97 por ciento de los combustibles que consume la inmensa flota estadounidense de turismos, autobuses, camiones, aviones, trenes y barcos.¹²